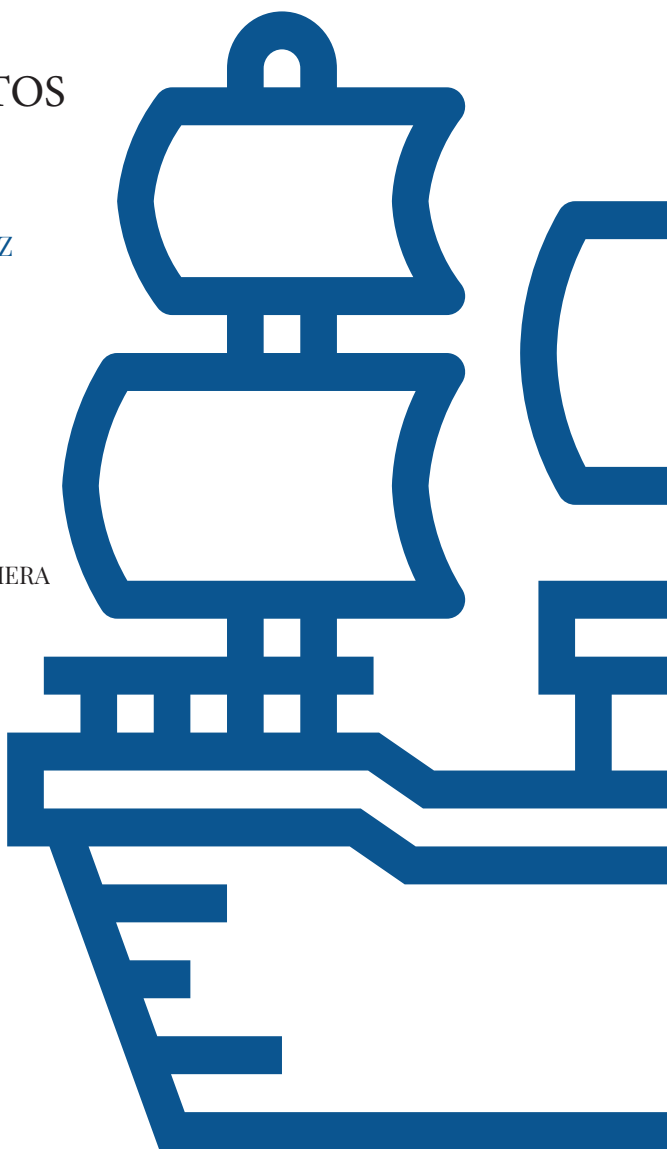


EL HIJO DEL REY DEL MAR Y OTROS CUENTOS

MAITE ALCÓN DOMÍNGUEZ
MARÍA GELERO
ALBERT AGUADO LOZANO
AURORA PEDRO
TOMÁS MORENO
NEUS SILVESTRE
ERNESTINA OAR
CARME

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA



EL HIJO DEL REY DEL MAR

Y OTROS CUENTOS

MAITE ALCÓN DOMÍNGUEZ

MARÍA GELERO

ALBERT AGUADO LOZANO

AURORA PEDRO

TOMÁS MORENO

NEUS SILVESTRE

ERNESTINA OAR

CARME

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR

2019

Dirección de la colección: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero
Ilustración: Smalllike

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *El hijo del rey del mar y otros cuentos*

© De los textos: sus autores

© De la presente edición:

Editorial Espacio para Contar, 2019

C/ Carril de los Juanes, 12

30012 Murcia (España)

Teléfono: 649 09 08 11

info@espacioparacontar.com

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-120981-0-5

Depósito legal: MU 958-2019

Impreso en España/Printed in Spain

PRÓLOGO	9
A CARACOLA QUE UNIÓ DOS MUNDOS MAITE ALCÓN DOMÍNGUEZ	11
SOL NACIENTE MARÍA GELERO	17
EL HIJO DEL REY DEL MAR ALBERT AGUADO LOZANO	23
LAS ALAS DE NUNCA JAMÁS AURORA PEDRO	29
LA FABULOSA HISTORIA DE UN PISO QUE QUERÍA SER UNA CASA TOMÁS MORENO	35
SATÈL·LITS D'AMOR NEUS SILVESTRE	41
EL CAMINO ESTÁ ILUMINADO ERNESTINA OAR	47
TREMENTINAIRE CARME	53
«AHORA TE TOCA A TI»	57
«ÉRASE TU VEZ»	65
ANEXO	75

AGRADECIMIENTOS

Este libro debe su existencia a las muchas personas que han aportado amor y comprensión al proceso que han tenido los autores y autoras que escriben los cuentos.

Queremos destacar el trabajo y la entrega de Emilia Matilla, eficaz colaboradora en el taller y sabia experta en el acompañamiento. Es una fuente de luz que siempre nos acompaña.

A Daniel Caballero, que nos sorprende con cada nueva propuesta editorial, siempre tan bellas.

A Mikel Marcé, corrector profesional de gran corazón que cuida de las ediciones con un mimo insuperable.

Al centro Can Benet Vives, donde se realizó el taller, por la maravillosa entrega de su equipo y la eficaz organización que hizo posible que todo fluyera en las mejores condiciones posibles.

PRÓLOGO

Cuando un grupo de personas, con un interés especial en su vida y sus procesos, se reúnen para escribir juntos un cuento basado en su biografía —cada uno el suyo—, pueden pasar muchas cosas: que se hagan muy amigos, que se peleen, que se rían mucho, que lloren, que coman hasta hartarse, que pierdan el apetito... muchas cosas, tantas como experiencias tiene la vida compartida en grupo. Pero lo que ocurrió los días 19, 20 y 21 de julio de 2019 en Can Benet Vives, cerca de Barcelona, fue más allá de todas esas cosas que hemos enumerado, al fin y al cabo de lo más normales. Las integraron y las dejaron atrás, como experiencia ya realizada. Entonces entraron en otro espacio, un lugar con resonancias míticas, de cuento y accedieron a él a través de una rendija en el tejido de la fantasía, en la inmensidad de la imaginación, en ese lugar donde descansan las ideas bellas. Lo hicieron con la metáfora, el símbolo, el cuento y la presencia, que son herramientas que permiten encontrar tesoros escondidos y desvelar mundos imaginados.

La belleza y fuerza del mito y el cuento se puso al servicio del trabajo que hacían, y entre juegos, risas, alguna lágrima (pocas) y mucho de estimular la imaginación consiguieron plasmar en un cuento su transitar por la vida hasta el momento. No escribieron

largas sagas, no se trataba de eso, ni siquiera un relato pormenorizado de lo que había supuesto su paso por este mundo tan... (aquí habría que poner el adjetivo que mejor definiera a cada cual). Lo que hicieron fue dejarse llevar por el embrujo del instante, por la entrega al momento presente que estaban viviendo y por las miradas de complicidad y certeza del grupo. Y así consiguieron lo que vas a leer más adelante. Sumérgete en las páginas que siguen como un buceador, o una buceadora de lo invisible y déjate seducir por la magia del encuentro. Que la séptima edición —siete, número sagrado donde los haya— tenga lugar en Barcelona es muy importante, ya que es una ciudad mágica y poderosa que impulsa lo que le roza. Ha sido un catalizador enérgico para el proceso que se ha abierto y cuyo destino final solo conoce el Dramaturgo Cósmico. Nosotros solo tenemos que dejarnos llevar en este gran barco que acaba de desplegar sus velas, para recorrer los infinitos mundos de la fantasía, que, al fin y al cabo, es otra forma de entender la realidad. El gran viaje y otros cuentos reúne un nutrido número de cuentos de diferentes sensibilidades, tantas como personas había en el taller, y esta es la gran riqueza del ser humano: una persona, una sensibilidad y todas juntas formamos el gran Tapiz Sagrado que nos sostiene.

LA CARACOLA QUE UNIÓ DOS MUNDOS

MAITE ALCÓN DOMÍNGUEZ

Erased una vez una niña que salió del mar. Su cabello ondulado y acaracolado era de una belleza espectacular. Era rojo como el sol al atardecer.

Quedó varada en la playa en el ocaso de un día de verano, casi sin sentido, casi sin aliento. Unos pescadores la recogieron y la llevaron a su humilde casa para cuidarla y reanimarla.

Enseguida quedaron asombrados y maravillados ante su belleza. Algo había en esa niña que los cautivaba y hechizaba.

Cuando la niña abrió sus azules ojos, no recordaba qué había sucedido y miraba con temor esos rostros nuevos nunca vistos. No sabía de dónde venía, ni quién era. Tampoco entendía dónde se encontraba.

Mientras tanto, había corrido la voz del acontecimiento de la playa, y la gente del poblado se habían ido acercando a ver a esa niña que había llegado del mar.

Era un poblado pequeño, de gente sencilla que había vivido del mar mucho tiempo atrás. Sabían que el mar traía misterios... y tesoros. Pero ¿quién era ella y qué hacía en su poblado?

Ellos, casi sin darse cuenta, por acontecimientos que no pertenecen a este cuento, habían perdido la conexión con el mar y habían perdido su capacidad de sentir. Ya no lo honraban ni cuidaban como se merecía.

Todos preguntaban quién era esa niña. La niña, con una mirada llena de asombro y temor, escuchaba unos sonidos extraños jamás escuchados. Ella sólo podía reconocer el canto de los delfines, las ballenas y los sonidos llegados de las profundidades del mar.

Intentó emitir un sonido que sonó como el canto de un delfín, y todos se miraron sin comprender. Ya no podían reconocer los sonidos del mar. Sin embargo, ese canto les produjo una sensación extraña... como algo que resonaba muy, muy hondo en su interior. Algo sucedía en ellos cuando la niña cantaba el sonido del mar.

Así, la gente del poblado se allegaba a verla para escuchar su canto, que poco a poco les hacía recuperar una memoria perdida. La vibración del canto de la niña comenzó a despertar en sus células el recuerdo del sentir, el recuerdo del amor.

Así pasaron días, semanas, tal vez meses, y la niña aprendió las costumbres del poblado, y sus gentes iban reconociendo más y más esa vibración que les abría a una alegría perdida y olvidada.

Pero un día la niña comenzó a entristecer. Su canto apenas se podía escuchar, no tenía fuerza. Y una añoranza afloró en su corazón.

De forma casi instintiva y siguiendo su nostalgia, se sumergió en el mar. Los delfines la reconocieron y ella les expresó con su canto la tristeza de su corazón.

Entonces comprendió. Comprendió que el mar era su hogar, que era la hija del mar y que este la estaba llamando. Debía regresar.

Contenta con su descubrimiento, regresó la niña al poblado y convocó a sus amigos para comunicarles su recién descubrimiento.

—Soy hija del mar y debo regresar a mi hogar, estoy siendo llamada.

La gente del poblado palideció y enmudeció. El jefe habló:

—Ella nos ha traído con su canto el misterio y el sentir del mar que habíamos perdido. ¿Qué haremos si se va?

Todos sintieron la tristeza. También la niña, la cual comentó:

—Debo seguir y responder a la voz que me llama, pero el amor me ha vinculado a vuestros corazones. ¡Es tan bello amaros! ¿Cómo podré marchar?

La pregunta quedó en el aire y nadie pudo contestarla en ese día, así que todos se fueron a sus casas con el corazón entristecido.

La niña volvió a sumergirse en el mar con la esperanza de encontrar alivio a su corazón. Se acercaron los delfines, que supieron enseguida del dilema de la niña. Le cortaron un mechón de su pelo acaracolado y lo transformaron en una bella caracola. La niña comprendió y su corazón se abrió.

Salió del mar y convocó de nuevo a las gentes.

—¡Oíd, oíd!

Hizo sonar con fuerza la caracola emitiendo un sonido profundo que se escuchó en los confines del mar.

—Podré regresar al mar, pero estaremos por siempre jamás unidos a través del canto de esta caracola.

Y así lo decidieron, en el ocaso de un día de verano la niña se adentró en el mar para no regresar. Se iba feliz, pues había aprendido a amar a los humanos.

Y todavía hoy, cada atardecer, al enrojecer el sol, hacen sonar la caracola, recordando la memoria perdida:

YA PUEDEN SENTIR. SON HIJOS DEL MAR. HAN RECUPERADO LA CONEXIÓN.

*Dedicado a los hombres y mujeres
con Corazón de Guerrero y Alma de Niño.*

SOL NACIENTE

MARÍA GELERO

Este es un cuento lleno de amor y de esperanza. Os llevará a un lugar desconocido de vuestro corazón, donde los fantasmas y monstruos que os aterran no podrán entrar jamás.

Érase una vez un sol naciente. Era chiquitito, pero con mucha fuerza.

Su papá, el Sol del Mediodía, era enorme y con sus rayos daba luz y vida a todos los seres. Su mamá, la Luna, mecía las aguas moviendo las olas a su antojo, en una armonía celestial.

A papá Sol y mamá Luna les costaba mucho encontrarse. Solo al anochecer, cuando el Sol dejaba ir su gran fuerza y la Luna tomaba su más preciosa presencia, entonces, y solo entonces, por unos instantes, podían amarse.

Sol Naciente quería crecer muy rápido, ser el Sol del Mediodía y tener mucha energía, así que se marchó en busca de su destino, envuelto en una mezcla de temor y anhelo.

Anduvo caminos, recorrió desiertos, escaló montañas y navegó por los océanos. Llegó un día en que se sintió agotado, con miedo y sin fuerzas. Intentaba iluminar estos trayectos con sus incipientes rayos, pero la oscuridad se hacía cada vez mayor.

Empezaba a olvidarse del motivo de su viaje. Ya no recordaba el sentido de su búsqueda. No comprendía por qué lo había hecho.

Los monstruos le perseguían o al menos así lo creía él. Luchaba y luchaba, pero cada vez eran más. En el fragor de la batalla, cuando su luz estaba a punto de extinguirse, apareció Dragón Blanco. Bello, con alas enormes y dulces ojos. Todo su ser irradiaba una luz blanca cegadora. Sol Naciente se quedó sin habla. Sintió la necesidad profunda de postrarse ante él y pedir perdón.

Dragón Blanco lo abrazó y lo acunó en sus inmensas alas, bendiciéndolo.

Y dijo el Dragón:

—Con tu rendición ahora puedes acceder a saber que eres el que siempre fuiste, parte de un ciclo de vida y abundancia. Honra con agradecimiento el lugar que te corresponde en él. El camino recorrido ha sido bien aprovechado por ti, levántate. En este Espacio Sagrado encontrarás tu verdadero destino.

Y así empezó su nueva andadura.

Un día, cuando expandía su amanecer, oyó una llamada como nunca antes había oído. Sol Naciente supo que ya no era él lo que le importaba. Ahora sentía la necesidad imperiosa de ir al encuentro de esa voz. Descubrió que venía desde lo más profundo del bosque. Allí la encontró, era una niña.

Nayala, que era su nombre, era una niña muy pobre. Se veía en sus vestimentas, envejecidas y remendadas. Lo miró y empezó a relatarle su historia:

—Mis padres apenas pueden alimentarme. Trabajan de sol a sol. Mi padre, cuidando de los bienes de otras personas. Le tratan muy mal, ya que el dinero les da ese poder. Cuando llega a casa, apenas puede acostarse en su camastro. Mi madre trabaja de lavandera en el castillo del Rey Gruñón. Sus manos están en carne viva de tanto frotar. Tiene que escondérselas en los bolsillos cuando la Reina la llama para aumentarle sus tareas; la Reina Grandullona no quiere que sean vistos los estragos de su tiranía. En el reino en que vivimos está prohibido desear una vida mejor. Sólo los habitantes

del castillo tienen derecho a conseguir todo lo que quieren. Yo me ocupo de la casa: coser, barrer, fregar, cocinar y, aunque no tenga derecho por mandato real, tengo sueños y anhelos. Cada día, antes de iniciar mis tareas, voy a lo profundo del bosque al encuentro de mis amigos animales. La negra pantera de misteriosos ojos verdes. El magnífico león con su larga cabellera. La altiva águila con sus alas al viento. La hipnótica serpiente. Y el juguetón ratón, que los burla a todos gracias a su pequeño tamaño. También está con ellos mi fiel amigo North. Lo encontré siendo un cachorro abandonado en las calles del reino. Debo mantenerlo escondido, pues también está prohibido tener el afecto, y la compañía, de un perro. Bien es sabido que compartir la vida con ellos alimenta el corazón y el alma de amor, haciéndonos más felices, alegres, libres y menos temerosos. Cuando nos vemos, correteamos, saltamos, nos abrazamos. Cuando se abalanzan sobre mí, lo hacen con suma delicadeza. Saben que soy frágil para ellos. En este espacio todo es posible y hasta ahora he sido feliz. Pero hoy he levantado los ojos hacia lo más alto de los árboles y te he visto derramando los primeros rayos de sol de la mañana, acariciando cada rama, cada hoja. Había destellos de oro en el cielo... y de pronto he sentido que estaba prisionera, he oído a mi alma gritar y he gritado con todo mi ser: ¡Ayúdame! ¡Y has venido! ¡Aquí estás!

Todos los animales estaban alrededor de Sol Naciente con sus ojos clavados en él; en ellos había súplica de dignidad y justicia para Nayala.

Algo en Sol Naciente le hizo saber que había llegado la hora, al volverse su fuerza y brillo inigualables. Y en ese mismo instante, Dragón Blanco, que lo acompañaba siempre desde el Reino de lo Invisible, se presentó de nuevo ante él con todo su esplendor.

Y así les habló:

—Hoy la llamada de vuestra Búsqueda se encuentra y se une, gracias a tu viaje y entrega para aprender a ser el Sol del Mediodía.

Ha llegado el momento de rescatar a Nayala del Reino de las Sombras. ¡Ya es hora de marcharse, Nayala, tu sitio ya no está aquí!

Con sus inmensas alas, Dragón cogió a Nayala y a su fiel perro North, que al ser tocado por Dragón se convirtió en un apuesto joven.

Nayala y North se unieron volando a través del viento, mecidos por las alas de Dragón Blanco y bañados por la luz del Sol.

Con esta unión se inició el nuevo Reino de la Primavera, basado en el amor, la igualdad, la justicia, la libertad, la abundancia y la luz. Donde los monstruos eran los guardianes de los niños, ayudándolos a encontrar su propio dragón, sintiéndose protegidos y amados por esos seres tan maravillosamente monstruosos.

Y Sol Naciente, gracias a este acto de amor verdadero, se convirtió, ahora sí, en el Sol del Mediodía de esta nueva era.

Y cuento contado, cuento acabado.

EL HIJO DEL REY DEL MAR

ALBERT AGUADO LOZANO



rasede que se era, porque antes empezaban así todos los cuentos, el hijo del rey del mar, que pasaba días enteros tumbado sobre el mar viendo barcos navegar.

Uno de los días vio surcar los mares a un gran barco de vela. Era un barco de tres palos con todo el velamen desplegado. Aunque lo que llamó su atención, más que las velas, el atardecer o los delfines que acompañaban al barco, fue el hombre que portaba el timón.

Era un hombre alto, fuerte y moreno, totalmente diferente a los otros hombres que él había visto comandando otras embarcaciones. Aunque el príncipe no lo identificó entonces, en su interior empezó a brillar la semilla del amor.

Sin saber ni cómo ni por qué, cada día dedicaba una parte del tiempo a contemplar la singladura del gran barco de vela. El resto de las embarcaciones que surcaban los mares no le parecían ni la mitad de interesantes.

Día a día, su relación con el barco patroneado por el capitán se fue haciendo más intensa. Se encargaba de favorecer los vientos con los que el barco era más veloz. Lo guiaba por encima de bancos de peces para que a la tripulación no le faltara el alimento.

El sentimiento que el capitán había despertado en él crecía y

crecía, sin que nada de lo que hacía para ayudar al barco sirviese para sosegar ese sentimiento.

El capitán, por su parte, sospechando de su buena suerte, empezó a estar más atento a lo que ocurría en el mar. Entre las olas, en la lejanía, intuyó al hijo del rey del mar, ató cabos y sintió un profundo agradecimiento por él.

Los días iban transcurriendo y el barco completaba jornadas de su viaje. El príncipe iba pensando qué ocurriría cuando el barco llegase a puerto y empezó a ponerse triste.

Intentó que el viaje durase el mayor tiempo posible, primero apaciguando los vientos que él mismo había alentado. Más adelante provocó una calma chicha que tuvo al barco sin moverse durante más de dos semanas y que llamó la atención del rey del mar.

El capitán no era capaz de entender que ocurría con los vientos y por qué no podía hacer salir al barco de esa calma chicha. Pensó en el hijo del rey del mar y en que él fuese el responsable de los últimos cambios meteorológicos, aunque no pudo imaginar la razón.

Viendo la tristeza instalada en los ojos de su hijo, el rey del mar convocó a la Corte del Mar para pedir consejo. Hablaron peces, mamíferos, criaturas fantásticas... todas ellas aportando su diferente sabiduría. Al final, la vieja y grande tortuga marina sugirió que el príncipe pasase un tiempo en el fondo del mar.

Dicho y hecho, el príncipe dejó la superficie, sus olas, sus atardeceres, sus barcos y sus encalmadas y los cambió por las ciudades en ruinas, los restos de barcos hundidos, los tesoros escondidos y las criaturas fantásticas que habitan en el fondo del mar.

Hizo buenos amigos en las profundidades, disfrutó de buenos ratos con ellos y, con el paso del tiempo, la sonrisa volvió a dibujarse en su cara.

Mientras tanto, el capitán del velero acabó su singladura y llevó al barco a buen puerto. Como su vida era el mar, no tardó en co-

mandar otros barcos, navegando con ellos por los siete mares. No obstante, ninguno de aquellos viajes que realizó le produjeron el sentimiento del viaje en el que se cruzó con el hijo del rey del mar.

Navegando por un gran océano, unas sirenas caprichosas vieron el barco dirigido por el capitán y entonaron sus cantos para embrujarle. Primero la tripulación y al final el capitán fueron saltando por la borda del barco hasta dejarlo a la deriva. El capitán fue hecho prisionero por las sirenas en el fondo del mar y allí permaneció por largo tiempo.

El año en el que el príncipe cumpliría la mayoría de edad llegó y su padre, el rey, empezó a organizar una gran fiesta para celebrarlo. Acorde a la grandeza de la fiesta, había que procurar un regalo magnífico para su hijo. Así pues, hizo enviar emisarios a todos los mares de su reino en busca del regalo. De todos los emisarios, uno volvió con la noticia de que las sirenas tenían capturado al capitán del barco. Al rey le pareció una idea fabulosa, aunque convencer a las sirenas para que le entregasen al capitán no resultó nada fácil de conseguir.

El día del cumpleaños del príncipe llegó y la fiesta con él. Llegaron invitados de todos los confines del reino para celebrar la efeméride. La fiesta fue magnífica y las crónicas del reino la recordarían por mucho tiempo, sobre todo por los regalos que los invitados entregaron al príncipe.

De entre todos los regalos, todo el mundo esperaba impaciente el regalo del rey. Y al abrir el regalo, el príncipe se encontró cara a cara con el capitán.

En ese momento, todos los años disfrutados en las profundidades desaparecieron al instante. Fue verlo delante suyo y recordar el barco, las velas, los atardeceres y aquel sentimiento dormido.

De igual forma, el capitán, al ver al hijo del rey del mar, olvidó el tiempo capturado con las sirenas. Al instante, recordó aquel viaje y aquella sensación de agradecimiento que no había vuelto a sentir desde entonces.

El príncipe miró a su padre, el rey, que, viendo el amor en los ojos de su hijo, convirtió al capitán en una criatura de su reino para que ambos pudiesen emprender una feliz vida juntos.

Se acabó el cuento, se lo llevó el viento y se fue por el mar adentro.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

LAS ALAS DE NUNCA JAMÁS

AURORA PEDRO

Erasede una vez el Reino del Nunca Jamás, en el que vivía Áurea, una hada hermosa, bondadosa y alegre. Con sus brillantes e interminables alas, salía cada mañana a repartir Luz y Amor por todo el Reino. Los habitantes de Nunca Jamás adoraban a Áurea y la esperaban cada mañana para llenarse de Luz y Amor; las abejas también la esperaban mientras cocinaban, las arañas mientras tejían y las palomas mientras repartían cartas. Las risas, cantos y bailes de Áurea impregnaban cada rincón del Reino, en el que sólo había un habitante que la detestaba, Pantera. Ella odiaba sus risas, cantos y bailes y, sobre todo, sus brillantes e interminables alas. Cada vez que la veía llegar volando por el horizonte, corría a esconderse en su oscura cueva. Áurea no entendía a Pantera, así que cada vez que sobrevolaba su cueva dejaba caer doble ración de Luz y Amor. Y así fue como una bella montaña de Luz y Amor fue creciendo debajo de la cueva de Pantera.

Una oscura mañana de tormenta, Áurea se puso su chubasquero dorado dispuesta a salir a trabajar. Búho, un sabio y buen amigo suyo, la advirtió:

—Áurea, hoy no es un buen día para salir a volar; fíjate, llueve a cántaros y Viento sopla demasiado fuerte, tus alas no lo resistirán. Los habitantes de Nunca Jamás tienen reservas de Luz

y Amor para más de una semana. Además, Pantera no te soporta, no entiendo por qué sigues volando hasta su cueva cada día.

Áurea, que, aparte de hermosa, bondadosa y alegre, también era muy tozuda, escuchó atentamente a Búho, pero no le hizo caso y salió a sobrevolar el Reino, pues en días como ese era cuando más falta hacía repartir Luz y Amor. Y, de repente, todo cambió. Trueno hizo callar a Áurea lanzando un poderoso rayo contra ella que partió y fundió sus alas. Áurea empezó a caer, caer, caer... y todo se oscureció. Nunca Jamás entristeció.

Pasaron los años, y el Reino permanecía oscuro, triste y silencioso. Búho, sabio y paciente, callaba y observaba intentando hallar una solución a tan dolorosa situación. Un día decidió ir a visitar a Pantera, pues era conocedor de su secreto, de la bella montaña de Luz y Amor que yacía debajo de su cueva. No fue tarea fácil hablar con Pantera, pues era dura y huraña, pero Búho sabía que tenía buen corazón, sólo que muy pocos habían tenido la oportunidad de acceder a él, pues para ello se tenía que tener mucho temple, y esta vez le tocaba a él tenerlo. Búho intentó, intentó y intentó hablar con Pantera, y de tanto intentarlo consiguió acceder a su corazón. Y así fue como una mañana Pantera, con su fortaleza, cogió la enorme y pesada montaña de Luz y Amor que escondía su cueva y se puso a correr tan rápido que Nunca Jamás se iluminó de golpe. Y las abejas volvieron a cocinar, las arañas a tejer y las palomas a repartir cartas. Luz y Amor volvieron a impregnar el Reino de Nunca Jamás.

El tiempo transcurrió, y los habitantes del Reino adoraban a Pantera, la esperaban alegres cada mañana, aunque ella nunca sonriera; adoraban su silencio, su mirada, su fortaleza. Además, Pantera corría tan rápido que parecía volar, como Áurea, cuyas risas, cantos y bailes permanecían en sus corazones.

Y de repente, una soleada mañana de primavera, los ojos de Áurea volvieron a brillar. Estaba aturdida, asustada, pero sentía

latir su corazón con más fuerza que nunca. Búho, que en ningún momento se había separado de ella, emocionado, la agarró fuerte de la mano, la acarició, la besó y le contó con ternura todo lo ocurrido. Las lágrimas se asomaron por los verdes ojos de Áurea; lloraba desconsolada, no tenía alas, Nunca Jamás iba a estar oscuro y triste, pero entonces, ¿por qué brillaba Sol esa mañana? ¿Por qué Pájaros cantaban? ¡No puede ser! Y entonces Pantera apareció, hermosa y elegante, llena de fuerza, ofreciéndole Luz y Amor. Áurea volvió a reír, cantar y bailar. Y así fue como el Reino de Nunca Jamás fue conocido como el Reino del Hada sin Alas y la Pantera que Volaba. El Reino de las Alas de Nunca Jamás.

*Este cuento fue manuscrito pluma al viento y contado por primera vez en
julio de 2019.
Merecen una mención de especial agradecimiento Txema y todo Can Benet,
sin ellos nada de todo esto hubiese sido posible.
También tengo que mencionar a Juan Pedro y a Emilia, y a todos los
participantes en la actividad. Una parte de este cuento es suya.
Una mención de gratitud aparte merecen todas aquellas personas a las que
no voy a nombrar aquí pero con las que también me siento agradecido.
Dedico este cuento a la memoria de mi padre, que traspasó el 14 de
octubre de 2018.*

A FABULOSA HISTORIA DE UN PISO QUE QUERÍA SER UNA CASA

TOMÁS MORENO

Erase una vez que se era... que, como siempre que se ha sido, se podía pedir. Y lo que se pedía era que, si venía algo bueno, que fuera para todos, y que el mal quedara reservado para aquellos intrépidos aventureros que lo fueran a buscar.

Esta no es la historia de un príncipe, ni la de una princesa; tampoco es la historia de un ogro, ni la de un dragón, ni la de ninguna otra criatura fantástica; tampoco es una fábula, protagonizada por ningún animal.

Esta es la fabulosa historia de un piso que quería ser una casa.

Al principio todo eran casas, pero de eso hace mucho tiempo y ya nadie se acuerda.

Que nadie sea tan ingenuo de pensar que mientras solo hubieron casas esto era un remanso de paz y el paraíso reinaba en la Tierra. No era así. Habían desequilibrios. Pero sucedía que, de una manera tan sutil que apenas nadie fue capaz de advertir, el contacto con la Tierra conseguía que estos desequilibrios fueran mínimos: bien eran tan ligeros y poco habituales que apenas se percibían, bien eran recurrentes y se habían integrado ya en el orden natural.

Pero de todo esto, como os digo, hace ya mucho tiempo y nadie se acuerda.

Y el tiempo fue pasando, y en una época no demasiado lejana sucedió que aparecieron los pisos. Para que os hagáis una idea, si desde que aparecieron las primeras casas hasta ahora hubiera pasado un día, veinticuatro horas, desde que aparecieron los primeros pisos hasta ahora habrían pasado escasas cuatro horas.

Al principio, la convivencia entre pisos y casas no fue muy difícil, ya que ambos compartían algunas de sus estructuras y se respetaban y admiraban mutuamente. Pero, poco a poco, de manera también muy sutil, sucedió que los desequilibrios se fueron acentuando: se hicieron más habituales y fueron aumentando en intensidad, con lo que se fue perdiendo la capacidad para integrarlos dentro del orden natural.

Volviendo la vista atrás, desde nuestro presente, no parece demasiado difícil advertir que el motivo de todo esto fue que, al aparecer los pisos e ir extendiéndose su presencia en la Tierra, lo que precisamente se fue perdiendo fue ese contacto equilibrador con la propia Tierra. Pero esta es una visión sesgada, a posteriori, que no tuvo la oportunidad de conocer ninguno de los protagonistas de nuestra historia.

Resulta que, en medio de todo este proceso, un día sucedió que nació un piso. Era un piso pequeño, pero fue un piso muy deseado. Su nacimiento fue un acontecimiento, y todo se dispuso para que, cuando llegara, no faltara de nada.

Los primeros años de la vida de nuestro piso pasaron en perfecta armonía con el momento y el contexto que le había tocado vivir. Casi podríamos decir que encajó perfectamente entre los otros pisos y casas, y los equilibrios y desequilibrios que se sucedían entre ellos.

Pero, un buen día, sucedió que, como un rayo, un pensamiento novedoso invadió toda la estructura de nuestro piso, llegando hasta el último ladrillo: ¿por qué era él un piso y no una casa? ¿Podía él dejar de ser un piso y ser una casa?

La turbación y el desequilibrio que producían estas preguntas

en nuestro piso serían imposibles de describir en estas líneas. Tales eran, que causaron turbación y desequilibrio en todos los pisos de la finca a la que pertenecía nuestro piso, y en los pisos y en las fincas y en las casas colindantes.

Inevitablemente, solo había una respuesta posible para salir de esta situación de crisis: nuestro piso se tenía que mudar.

Muchas fueron sus andanzas desde esta, su primera mudanza.

Lo primero que aprendió fue que los pisos, al mudarse, tan pronto se hacen más grandes como más pequeños, y tan pronto más modernos como más antiguos.

Al principio, esto le pareció bastante divertido, pero lo distraía de su objetivo principal: encontrar la respuesta a aquellas preguntas que le habían empujado a moverse.

También tuvo la oportunidad de conocer otros pisos, otras fincas y otras casas. También esto le pareció divertido, y también lo distrajo de su objetivo principal: encontrar la respuesta a aquellas preguntas que le habían empujado a moverse.

Entre tantas idas y venidas, casi sin querer, casi por casualidad, nuestro piso fue a parar a fincas donde habían otros pisos que, curiosamente, también se habían hecho las mismas preguntas que él y que habían vivido procesos similares al suyo. Algunos contaban que incluso habían llegado a conocer a casas que se habían hecho las mismas preguntas, pero al revés.

Con los años, nuestro piso también llegó a conocerlas.

Un día una gran casa dijo: «La respuesta no está al final del camino, la respuesta es el camino».

Y he aquí un piso...

Y he aquí una casa...

Y he aquí que, como en este cuento, lo que tiene que pasar, pasa.

*Aquest conte el dedico a la meua FILLA.
A totes i tots els MESTRES anònims que tinc i he tingut.
A les / Als GUIES.
A les / Als CUIDADORS.
A L'AMISTAT.
Als INFANTS.
Als GATETS i a les FLORS.
Amb AMOR.*

SATÈL·LITS D'AMOR

NEUS SILVESTRE

ada nit a les vint-i-tres hores exactament, proveïda d'uns prismàtics, la meva veïna Enriqueta observava atentament el pis del davant. ¿Per què tanta obsessió per veure que feien els altres?

Des de la finestra de casa, cada nit la veia fer el mateix ritual: es posava música —que si era a l'estiu jo també l'escoltava—, tan-cava el llum, i encenia tres o quatre espelmes posant-les repartides per l'habitació. Uns bocates al seu costat, les cames en alt... i a MI-RAR, a observar què feien els de davant de sa casa.

Se'm va acudir anar-la a visitar i demanar per... l'Ernesto, per exemple. Hi aniria proveïda d'una ampolla de cava i un pollastre a l'ast. Passades tres nits, era un divendres, ho vaig fer. Quan m'obrí la porta, sonava «Satellite of Love», de Lou Reed. No em va caldre dir-li res; ella, en veure que duia bones provisions, em digué:

—¿No has cenado, verdad?

Així va néixer la nostra amistat, que sabem que serà per sempre.

Aquella nit vaig assaborir el plaer de viure a través de l'observació. Observar molt, molt. Inventar, imaginar, deduir. Observar tantíssim que vivia a través d'aquelles estones que durant dos mesos vam pintar.

¿Voyeuses, ens podrien dir?

Vam establir unes normes, bases, límits... Si no, en una setmana ens hauríem destruït. Vam fixar que: MIRARIEM cada dia de vint-i-tres a vint-i-quatre hores i en SILENCI; soparíem abans a les vint-i-dues i, en fer-ho, parlariem d'allò observat el dia anterior, i els diumenges fariem festa i a les vint-i-quatre hores ens n'aniríem a dormir cada una a ca seva.

Va ser l'època més tranquil·la i plaent de la meua vida. Érem passives, i vivíem de l'activitat frenètica de la parella del davant.

L'Enriqueta i jo ens completàvem una a l'altra a l'hora d'inventar què sentien, què volien... ella i ell. Com s'oloraven, com s'acaronaven, bevien, menjaven, ballaven, es barallaven i feien les paus. S'acoblaven.

Al cap de dos mesos vaig haver de marxar a Asilah, a quaranta quilòmetres de Tànger, durant tres anys, per motius de feina. Mai més hem tornat a espisar ningú. Quan venia l'Enriqueta a visitar-me, sempre parlàvem de les nostres vetllades amb l'allargavista. Totes dues coincidíem en el fet que aquelles observacions ens havien fet tornar més silencioses, i instal·lat en la meditació —que totes dues practicàvem d'una manera seriosa—. També sabíem escoltar i respectar l'altre.

Vam comprendre que va ser el nostre tresor, la nostra escola. No el cinema, ni la tele, ni la ràdio, ni els llibres, ni l'educació rebuda, ni les confessions íntimes... va ser aquell OBSERVAR, PARAR i PARAR. VEURE, i VIURE i RE-VIURE, IMAGINAR, COMPLETAR... A més, mai vam sentir cap agressivitat o mala energia. Era un acte solemne. Estàvem creant una història que entre tots quatre pintàvem.

Al llarg dels anys he escoltat tantes vegades:

—Ho he après tot en el cine.

—A mi els pares no em van explicar res de res.

—No en sabia, i em vaig haver de fer mal, molt de mal...

Nosaltres anàvem segures, tranquil·les, amb la convicció de saber-nos també... OBSERVADES. I fèiem bé, bellament, les coses.

Amb perspectiva, veig clarament que aquells dos mesos van fer que m'interessés més encara per la pintura, la meva professió. Pels colors, les formes, les agrupacions de les coses en bodegons vius o morts; pel diàleg entre tot. Començar a sentir que tot té VIDA i que es comunica BUSCANT l'harmonia i la BELLESA. I fent-ho millor. Perquè, esclar... JO SOC OBSERVADA per un tercer i, doncs, vull fer-ho millor, poèticament, graciosament.

A l'Enriqueta, amb els anys, li va anar creixent l'interès pel teatre, després per la moda. Ara és escenògrafa estimada i disputada.

Com sigui, totes dues vivim component estructures que s'aguantin bellament.

I realment us dic: ÉS PRECIÓS SENTIR-SE OBSERVADA, OBSERVAR I... SER UNA AMB TOT.

EL CAMINO ESTÁ ILUMINADO

ERNESTINA OAR

El camino del bosque estaba iluminado. Ella no se lo podía creer. Era medianoche, era diciembre, pero aquel camino estaba claramente marcado.

Comenzó a caminar y aparecieron diferentes seres para saludarle:

—Hola, niña, ¿adónde vas? —decía una ardilla.

—Bonita, ¿buscas algo? —preguntaba el búho.

—Querida, ¿te podemos ayudar? —le comentaba una loba.

Ella sonreía. No sabía adónde iba, no sabía qué buscaba, no sabía si necesitaba ayuda. Pero tenía claro que debía ir por aquel camino del bosque iluminado.

—Muchas gracias amigas, todo bien. Debo seguir el camino. Gracias por preguntar.

Y siguió la senda, sintiendo que aquel no saber tenía sentido porque el camino estaba iluminado, ella lo podía ver.

Así que continuó por aquel sendero sin saber adónde iba y, cuando su confianza empezó a debilitarse, recibió la primera señal.

Detrás de la haya más imponente que había visto hasta el momento, surgió una luz dorada, una luz brillante que lo iluminaba todo. Tuvo que taparse los ojos para no cegarse y escuchó su voz:

—Sigue tus pasos, continúa por la vereda marcada del bosque. Estate tranquila. Confía. Lo encontrarás.

«Lo encontraré.» Fue la frase que se esculpió en el corazón, «Lo encontraré».

Y con esta razón vital, se renovó de fuerza y siguió adelante con pasos más sólidos y más ligeros al mismo tiempo.

Atravesó aquel bosque sin una gota de miedo. Sabía que iba bien, y poder ver y acariciar robles, hayas, encinas, nogales, avellanos y tilos le llenó de confianza el corazón.

Cuánta belleza se puede apreciar cuando se camina sin miedo.

Pero el bosque se acabó. Apareció en una gran campá de helechos sin fin y supo que tenía que atravesarla cantando. Comenzó a susurrar una melodía y sintió que el viento le acompañaba en su canción. Así que elevó la voz y entonó una melodía hermosa, que le hizo olvidar que la campá de los helechos tenía fin. Y como iba cantando a pleno pulmón con el viento y mirando el cielo, no fue capaz de ver un pequeño bache a sus pies. Así que, ¡plaff!, se cayó de morros al suelo.

—Joder, ¡qué daño! —gritó.

Lloró un rato, pero al ver que no se había hecho ninguna avería seria —no tenía el tobillo roto, ni grandes heridas—, se limpió las lágrimas y se puso de pie.

Miró al horizonte y vio una gran montaña bastante cerca.

—Tengo que subirla, tengo que subirla.

Sólo repetía esta frase en su interior porque sabía perfectamente que era lo que le tocaba. Subir la gran montaña.

Empezó fuerte y con ganas, pero cada vez que levantaba la mirada y veía lo que aún le quedaba por subir, su ánimo flaqueaba.

—Tengo que hacer algo —pensó.

No podía continuar de esa forma y, de repente, como por arte de magia, algo se le metió en el ojo. Lo había traído una leve ventisca que se había levantado en ese momento. Así que tuvo que parar y bajar la cabeza y su mirada, mientras seguía caminando.

De esta forma descubrió un nuevo truco para subir aquella

montaña sin que su ánimo decayera. Tenía que fijarse en cada paso, sin mirar al horizonte para ver aún cuánto le quedaba. Sólo tenía que observar su caminar.

Y así, paso a pasito, suave suavecito, como dice la canción, ascendió aquella supuesta cumbre imposible y, sin apenas darse cuenta, llegó a la cima de aquella montaña.

—Cuánta belleza, qué maravilla.

Mirara donde mirara sólo podía ver belleza. Aquel paisaje infinito le hacía sentir que todo tenía sentido y que, aunque sólo fuese por esa sensación, el camino había merecido la pena.

Pero ella sabía que tenía que continuar. Todavía tenía camino por recorrer. Así que, tras realizar tres fuertes respiraciones, comenzó a bajar la montaña.

El gozo le acompañó cuesta abajo. Se encontró con un precioso río y una gran cascada. No se lo podía creer. Eso merecía un baño.

Se quitó la ropa y se sumergió en aquellas frías aguas, gritando del dolor por la temperatura del agua y riéndose a su vez por la felicidad. ¡Qué bueno era aquello!

Al salir del río tuvo una de las mejores experiencias de su vida. En la otra orilla estaba una osa con su oseño que le observaban en calma. No se asustó porque no hicieron ni una señal de querer violentarla, así que ella les habló en euskera, les dio las gracias, «Eskerrik asko», y se vistió. La osa y su oseño se marcharon y ella se miró en el agua de aquel río con satisfacción. En ese momento se dio cuenta que había crecido. Ya no era aquella niña que comenzó el camino del bosque. Ahora era una mujer, una adulta, otro ser.

La misma que había empezado aquel camino, pero a la vez otra diferente. Y le gustó. Le gustó mucho lo que vio. De tal manera que decidió seguir por aquel camino que sólo le había dado satisfacción.

Y sabiéndose otra, siguió montaña abajo por la senda marcada desde aquel primer bosque que divisó siendo niña.

Y montaña abajo encontró frutos para comer y coger fuerza, y

refugio para dormir y descansar y poder llegar fuerte al tramo final de la montaña.

Y es entonces cuando volvió a suceder. La angustia del no saber. «Y ahora ¿adónde voy? ¿Cómo dirijo mis pasos en esta incertidumbre? ¿Qué es lo que me toca? Soy una adulta, una mujer, se supone que tengo que saber. Pero no sé nada. Ayl, la angustia existencial.»

En ese momento se hizo la noche y el cielo se llenó de estrellas. Jamás había visto un cielo tan estrellado. Cuánta belleza y cuánta paz.

Se tumbó, se tiró ancha en aquel suelo verde y húmedo, y se quedó observando aquel espectáculo. Y ¡zas! Fue un instante, pero la vio, vio la estrella fugaz que atravesaba ese pedazo del universo en aquel momento. Y escuchó la voz:

—Estate tranquila, todo está bien.

—¿Cómo va a estar bien, si no sé nada? —preguntaba a la voz.

Y la voz respondió de una manera clara y concisa:

—Del no saber nace la creación.

Así que con aquella afirmación se durmió, bajo un manto de estrellas brillantes y encima de una alfombra de hierba. Sin frío y en paz.

Cuando se despertó, el día había amanecido y pudo ver claramente un nuevo sendero ante la maleza. Observó el camino y vio una comunidad de hormigas en su juego de cooperación y vida. Se fijó un poco más y vio una familia de escarabajos que zigzagueaban por el sendero, y escuchó la bella melodía de un ruiseñor. Miró al cielo y vio golondrinas, pequeñas, crías, acompañadas de otras mayores. Y casi se muere de la risa al ver pasar rápidamente a una pareja de jabalíes y sus crías.

—Sí, está claro. Este es el camino a seguir.

Con aquella certeza se aventuró en su nuevo camino, sabiendo, sin saber, qué era lo que le tocaba en ese momento.

Respiró profundamente y «Endavant, Adelante, Aurrera!», gritó en los tres idiomas, mientras se adentraba en un nuevo camino por recorrer.

TREMENTINAIRE

CARME

Erasede una vez una niña llamada Diana, que nació en un castillo rodeada de grandes montañas y bosques. Fue la cuarta de siete hermanos y la primera mujer, en un seno familiar con profundas raíces ancestrales, abuelos, padres...

En el castillo también había animales, y los más queridos por los niños, los domésticos.

Diana, soñadora, contaba a su madre sus ilusiones, a lo que ella respondía con un baño de realidad, «Somía truites» o que mantuviera los pies en el suelo, para evitar caer en las distorsiones.

En el castillo vivían los abuelos paternos. Del abuelo, Diana heredó el mundo de la religiosidad del momento, y de la abuela, el mundo de la fantasía. Para Diana era mágico ver algunas tardes cómo la abuela cargaba su plancha de brasas de carbón, que con solo soplar se transformaban en piedras preciosas, y que con un trapo inventaba algún ropaje para las muñecas.

En una buhardilla del castillo, el lugar preferido de Diana, había un gramófono viejo con discos de piedra, en el que, mientras la familia dormía la siesta, escuchaba todo tipo de música de tiempos inmemoriales, e imaginaba todo tipo de personajes.

En el castillo el patriarcado era la forma de organización y, al llegar la adolescencia, Diana se rebeló y, mediante el diálogo y la

reflexión, logró que las mujeres tuvieran voz y voto en la toma de decisiones, y toda la gente del castillo se adaptó a los nuevos tiempos.

Diana se convirtió en una experta en plantas medicinales de todos los alrededores, con la ayuda y enseñanzas de una maestra en aceites esenciales, y en recolección de plantas y su uso según las dolencias. Después del aprendizaje ese fue su oficio: *trementinaire*¹.

Cierto día, mientras andaba en la recolección, entre los matorrales oyó el lamento de un joven que había tenido una leve torcedura de tobillo, y en el que Diana reconoció al niño de antaño que estaba triste, ya que su madre no tenía tiempo para dedicarse a él. El niño se había convertido en un arquero que recorría el lugar. Diana lo socorrió mediante sus recién aprendidas habilidades curativas y después de la sanación... apareció Cupido y la naturaleza en plena expansión, el susurro de las fuentes, el aleteo de las hojas de los árboles, los trinos de los pájaros y las alfombras de flores de colores.

Diana dejó el castillo y, juntos, apostaron por el futuro, por el amor, aceptación, compromiso, responsabilidad, en lo que todo está por hacer y todo es posible, caminando hacia sus propios destinos mediante la intuición y el corazón, descubriendo el resurgir de la esencia, nuevas melodías, magia inagotable con entrega y expansión, belleza amorosa, sabiduría interna, júbilo universal.

Y fueron felices y comieron perdices.

¹ Oficio para sanar con plantas medicinales y aceites esenciales realizado mayoritariamente en el siglo pasado por mujeres itinerantes.

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolo en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comernos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner “alergia”, que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...» Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

ANEXO

SATÉLITES DE AMOR

NEUS SILVESTRE

(Traducción de la autora del cuento)

Este cuento lo dedico a mi HIJA.

A todas y a todos los MAESTROS anónimos que tengo y he tenido.

A las/los CUIDADORES.

A la AMISTAD.

A las NIÑAS y NIÑOS.

A los GATTOS y a las flores.

Con amor.

Cada noche a las veintitrés horas exactamente, provista de unos prismáticos, mi vecina Enriqueta observaba atentamente el piso de enfrente. ¿Por qué tanta obsesión por ver que hacían los otros?

Desde la ventana de su casa, cada noche la veía hacer el mismo ritual. Se ponía música —que si era verano la escuchaba también yo—, cerraba la luz, y encendía tres o cuatro velas, que ponía repartidas por la habitación. Unos bocatas a su lado, las piernas en alto, y a VER... a observar qué hacían los de delante de su casa.

Se me ocurrió ir a visitarla y pedirle por... Ernesto, por ejemplo. Iría provista de una botella de cava y de un pollo asado. Pasadas tres noches, era un viernes, así lo hice. Cuando me abrió la puerta, estaba sonando “Satelits of Love”, de Lou Reed. No me fue necesario decirle nada; ella, al ver que llevaba buenas provisiones, me dijo:

—¿No has cenado, verdad?

Así nació nuestra amistad, que sabíamos que sería para siempre.

Aquella noche degusté el placer de vivir a través de la obser-

vacación. Observar mucho. Inventar, imaginar, deducir. Observar tantísimo que vivía a través de esos espacios que durante dos meses pintamos.

¿Voyeurs, nos podrían llamar?

Establecimos unas normas, bases, límites... De no haberlo hecho, en una semana nos hubiésemos destruido. Fijamos que: miraríamos cada día de veintitrés a veinticuatro horas y en silencio; cenaríamos antes, a las veintidós horas, y mientras tanto hablaríamos de lo observado el día anterior. Los domingos haríamos fiesta, y a las veinticuatro horas cada una a su casa a dormir.

Fue la época más tranquila y placentera de mi vida. Éramos pasivas, y vivíamos de la actividad frenética de la pareja de delante.

Enriqueta y yo nos completábamos inventando qué sentían, qué querían... ella y él. Cómo se olían, se acariciaban, bebían, comían, bailaban, se peleaban y hacían las paces. Se acoplaban.

En dos meses tuve que marchar a Asilah, a cuarenta kilómetros de Tánger, durante tres años, por motivos de trabajo. Nunca más espíamos a nadie. Cuando Enriqueta venía a visitarme, siempre hablábamos de nuestras veladas con los prismáticos. Las dos coincidíamos en que aquellas observaciones nos convirtieron en más silenciosas, y nos llevaron hacia la meditación —que desde entonces las dos practicamos de una manera seria—. También sabíamos escuchar y respetar bien a los otros.

Comprendimos que fue nuestro tesoro, nuestra escuela. No lo fue el cine, ni la tele, ni la radio, ni los libros, ni la educación recibida, ni las confesiones íntimas... fue ese OBSERVAR, y PARAR y PARAR. VER, y VIVIR y RE-VIVIR, IMAGINAR, COMPLETAR... Nunca sentimos agresividad o mala energía. Era un acto solemne. Estábamos creando una historia que entre los cuatro pintábamos.

Al pasar el tiempo, he escuchado infinidad de veces:

—Yo lo he aprendido todo en el cine.

—A mi mis padres no me explicaron nada.

—No sabía nada, y tuve que hacerme daño, mucho daño.

Nosotras íbamos seguras, tranquilas, convencidas de que también a nosotras nos estaban observando. Y hacíamos bien, bellamente, las cosas.

Con perspectiva, veo claramente que esos dos meses me hicieron sentir aún más atraída por la pintura, mi profesión. Por los colores, las formas, las agrupaciones en los bodegones vivos o muertos; por el diálogo entre todas las cosas. Empecé a sentir que todo tiene VIDA y que se comunica BUSCANDO la armonía y la BELLEZA. Y haciéndolo mejor. Porque, claro... yo soy observada por un tercero, y quiero hacerlo mejor, poéticamente, graciosamente.

A Enriqueta, con los años, le nació el interés por el teatro, después por la moda, y ahora es una escenógrafa querida y disputada.

Sea como sea, las dos vivimos componiendo estructuras que se aguantan bellamente.

Y realmente os digo: ES PRECIOSO SENTIRSE OBSERVADA, OBSERVAR Y... SER UNA CON TODO.

Esta primera edición de *El hijo del rey del mar y otros cuentos* se acabó de imprimir y encuadernar en octubre de 2019.

El taller «Érase tu vez» se imparte regularmente. Si tienes interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde se realiza en el web

www.espacioparacontar.com

En este octavo volumen se han recogido los cuentos escritos por Maite Alcón Domínguez, María Gelero, Albert Aguado Lozano, Aurora Pedro, Tomás Moreno, Neus Silvestre, Ernestina Oar y Carme.

Se realizaron en el taller «Érase tu vez» los días 19, 20 y 21 de julio de 2019 en Can Benet Vives, Tordera (Barcelona).

Y ocurrieron tantas cosas interesantes que no dejamos de pensar en ellas.

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-120981-0-5



978-84-120981-0-5